

Un parafraseo: la pedagogía va bien. Y, ¿la educación?

Juan Leonel Giraldo Salazar*

Recibido: 30 de agosto de 2012

Aprobado: 2 abril de 2013

RESUMEN

Entre la pedagogía y la educación existe un encuentro cuyo contacto define una unidad conformada por pensamiento y obra. Así, la pedagogía es entendida, de manera concreta, como la reflexión sobre la educación, mientras que la educación se asume como la materialización de las ideas que aquella expresa.

Este artículo manifiesta una preocupación cuyo sentido consiste en señalar que la educación tiene fallas sensibles, causadas no propiamente, por falta de ideas sino por el exceso de pensamiento que motiva

a cambiar y cambiar, sin que la sociedad pueda satisfacer las expectativas, las cuales son básicamente, las de vivir bien y sin violencia.

El propósito se orienta a subrayar la necesidad de que los profesores reconozcan su autonomía a través del pensamiento para que orienten sus acciones como pensadores y ejerzan su profesión como figuras de significativa autoridad.

Palabras clave: discípulo, discurso, discursividad, reflexión, teorización, pensador, obra.

* Licenciado en Idiomas y magíster en Educación de la Universidad de Antioquia. Profesor titular Facultad de Educación de la Universidad de Antioquia.

A Paraphrasing: The Pedagogy is going well. And, what is going on with Education?

ABSTRACT

Between pedagogy and education there is an encounter which contact defines a unity conformed by thought and work. Pedagogy is understood, in a concrete way, as the reflection on education, while education is assumed as materialization of ideas expressed by the pedagogy.

This article state a concern- which sense consists in pointing out that education has failures not properly caused by lack of ideas but for the excess of thought which motivates

to change and change, without a satisfaction of expectations by the society which are basically: the ones of living well without violence. The purpose is oriented to underline the need that teachers recognize their autonomy through thought so their actions as thinkers are oriented and they can perform theory professions as figures of meaningful authority.

Key words: pupil, discourse, "discursividad", reflection, theorization, thinker, work.

1. Pedagogía y educación: una relación que se olvida

El término “parafraseo” pretende recuperar una expresión puntillosa que algunos críticos y analistas de la política y de la economía nacional han utilizado cuando al interrogar y enjuiciar datos y cifras que el Gobierno expone con optimismo para entusiasmar al pueblo, manifiestan de manera sarcástica que, efectivamente, la economía va muy bien pero la sociedad va muy mal.

Cuando se trata de pensar las condiciones actuales y el devenir de la sociedad se acude directamente a la educación como blanco principal de la crítica, dejando de lado el lugar que pueda ocupar la pedagogía como causa de las problemáticas que se analizan. Entonces la pedagogía siempre estará bien y difícilmente será puesta en tela de juicio mientras que a la educación se le observa, de manera reiterada, en estado crítico.

Tenemos entonces un desfase cuando asumimos lo que habría de ser la unidad pedagogía-educación toda vez que se hace una sustracción del primer concepto, posiblemente el más responsable, en tanto este se relaciona con la reflexión, con el pensamiento que, en última instancia, es el bastión que orienta el hacer educativo.

Posiblemente esta tendencia a fijarnos en la educación obviando la pedagogía, tenga explicación en que lo observable y perceptible en general es la obra como tal, es decir, lo objetivable en este caso es la educación y no el pensamiento, como entidad abstracta, lo cual obliga a advertir que es a partir de las ideas y reflexiones ofrecidas por la pedagogía que la educación se orienta.

Algunas apreciaciones nos pueden servir para evidenciar este desfase:

En los últimos años cientos de escritos, consignados en artículos y libros, plantean y analizan la “crisis de la educación” señalando, entre otras, las siguientes causas o motivaciones: pérdida de valores, choque generacional, intolerancia, insuficiente motivación por el aprendizaje, carencia de educadores comprometidos, caída de referentes significativos, preeminencia de la tecnología, falta de relación familia-escuela... y cada falencia es acompañada por explicaciones y propuestas parciales que no alcanzan a perfilar logros o resultados integrales dentro del proceso definitivo. Aunque por contraparte casi todas las instituciones educativas tengan consignada en su misión, la “formación integral” de los estudiantes.

En este escenario de crisis y de malestar generalizado, la figura del maestro es interrogada y la institución educativa enjuiciada con respecto a los ofrecimientos que se hacen y con relación a los resultados que se tienen porque para la comunidad en general, es decir, para el común de la población, es paradójico, muy paradójico que con tanta teoría se haga tan poco o mejor, que a pesar de

tantas discursividades la tarea educativa no se sienta realmente materializada en el vivir cotidiano, en la realidad de la vida.

Parece que hay sobradas almas pensantes que intervienen y que quieren “tirar” línea sobre educación describiendo, con detalle y suficiente erudición, lo que está pasando pero son pocas de estas almas las dispuestas a comprometerse con la acción, es decir, parece que hay mucha comprensión pero muy poca acción, hay mucha filosofía como pensamiento pero hay poca filosofía como vida.

Cada quien se pregunta con respecto a por qué, teniendo una educación tan bien descrita y definida por los pensadores, se tenga tan poco impacto en la vida de la comunidad. Tal vez una posible causa consista en que los maestros recibimos teorías pero no hacemos teoría con lo que hacemos, es decir, recibimos de afuera la filosofía, el pensamiento para fungir como tal pero no abordamos la obra, no volvemos a lo que hacemos para pensarlo desde nuestro lugar protagónico, sin permitir que se produzca esa división entre unos que piensan y los otros que hacen. Es preciso que los maestros desarrollemos, autónomamente, nuestra condición de dignos representantes de la cultura en tanto hacemos y pensamos así como pensamos y hacemos, sin mucha erudición pero sí con intuición y conocimiento.

Un aspecto que, posiblemente, puede sintetizar la inquietud de la sociedad frente a las expectativas que se tienen con la educación se relaciona con la dispersión que estas han sufrido a través del tiempo, perdiendo el horizonte de la “formación integral” con unas dolorosas consecuencias porque la educación que tradicionalmente se acogía como la fuente principal de la esperanza pareciera estar dejando resultados poco alentadores, dado que expectativas como la tolerancia, el respeto y la convivencia (para solo citar tres) se quedan en simples conceptos finamente descritos pero desgastados en los actos concretos de la vida.

2. Motivos que sustraen a la pedagogía de la educación

Esta insistencia sobre las muchas discursividades con tan poca acción se relaciona con el parafraseo político. Y al respecto vale la pena señalar una serie de ideas que pueden servirnos para explicar la división de la unidad pedagogía-educación:

- La reflexión sobre la educación y la educación misma no han sido capaces de avizorar el devenir socio-histórico, situación que reclama de la pedagogía mayor compromiso para que la obra educativa no camine a tientas y sin fundamentos claros.
- Si la pedagogía es reflexión sobre la educación, preocupa que se pliegue tanto a los aconteceres sociales de moda, refinando su discursividad pero sin

que logre orientar efectivamente a la educación porque no le señala pautas que proyecten su quehacer. Es como si los hechos sorprendieran siempre la vida sin un pensamiento que esté trazando pautas derivadas de una lectura sobre los signos de los tiempos.

- Nacen y nacen proyectos que con especiales bombos y bengalas anuncian resultados que no llegan, sofisticando la actividad pero, por falta de fundamentación, terminan siendo un derroche teórico y una exagerada malversación de recursos.
- Lo anterior permite advertir que una cosa significan la intención y los propósitos de las administraciones cuando promueven la educación de la ciudadanía, es decir, cuando impulsan proyectos para que en todo sitio exista civilidad y, otra cosa muy distinta, que la educación termine confundiendo su tarea anunciando la dejación de las aulas bajo la premisa, verdadera en parte, de que cualquier sitio es apto para educar.
- En la nueva idea de una educación sin paredes o sin fronteras, se percibe una ingenuidad que niega o desconoce elementos cruciales de lo que educar institucionalmente implica en tanto producir “acto educativo”. Basta señalar que la educación ha de ser un acto con-sentido que exige la valoración y el reconocimiento de un maestro lo cual sugiere la aceptación de una carencia en donde el discípulo ha de estar en condiciones de apreciar lo que se le ofrece para aceptar la oferta que se le hace.
- Cuando la vida pública se ha venido convirtiendo en una yuxtaposición de grupos heterogéneos, con lamentables expresiones de odio y de violencia, buscando fundar hegemonías, no se comprende por qué no se activan las propuestas ya existentes sobre convivencia, solidaridad, tolerancia en las aulas...sino que aparece otra novedad para la educación, sugiriendo que los maestros salgan a “buscar al niño” o pregonando que todo sitio público es un escenario propicio para educar, plegándose la pedagogía de manera dócil, al hecho social como tal, en este caso al ausentismo y desmotivación que existe para hacer presencia en las aulas cuando la expectativa lejana y silenciosa de la sociedad, en general, es que en los parques, en las esquinas y en todo sitio público se respiren ciudadanía y tranquilidad, gracias a las ofertas y resultados de la educación.
- Mucho se dice y mucho se propone pero sin una comprensión que oriente, sin una fundamentación que señale con solvencia espiritual y filosófica la vida en comunidad. Es una suma de proyectos y realizaciones que parecen confundir cada vez más a la sociedad y sobre todo a los maestros, a ellos que están en escena y que sienten que hay mucho quien predique y pocos que, efectivamente, apliquen.

- Es preocupante que, de manera tan sorprendente y en medio de tanto bullicio, la docencia descienda progresivamente en su valoración social a una posición poco estimulante y que, por el contrario, la investigación ascienda a un lugar tan enaltecido, provocando el surgimiento de montones de profesionales cuya preferencia es investigar y poco la de “maestriar”. Parece que un lejano parafraseo que hacía el maestro Alonso Takahashi, refiriéndose al escritor Oscar Wilde cuando afirmó que “El que no es capaz de investigar se dedica a enseñar a investigar” (1998, p. 11) se hubiese convertido en una premonición que nos obliga a pensar sobre lo que realmente nos motiva y nos impulsa a ejercer como maestros: o el deseo de reconocimiento y ocupación de un lugar a través de la investigación o el reconocimiento de un auténtico deseo por cumplir como representantes de la cultura tal y como se ha valorado tradicionalmente la función magisterial..

Similar paradoja señaló el poeta y escritor Jorge Luis Borges, cuando expresaba el vacío que padecía la poesía: “Hay personas que sienten escasamente la poesía y por lo general esas personas se dedican a enseñarla” (2010, p. 162).

- Revivo estas expresiones para remarcar que, posiblemente, la génesis de la problemática educativa hay que pensarlo a partir de ciertas ligerezas y equívocos de algunos años atrás. Por ahora quiero llamar la atención sobre las propuestas que llegan y llegan a las instituciones educativas y a los maestros saturadas de teoría, sin compromiso con la vivencia inmediata de los protagonistas, es decir, de los maestros quienes no perciben que su autonomía se diluye ante lo que el afuera les analiza y les propone.
- La teoría sobre la educación no puede asumirse como una elaboración que descansa en el concepto de ciencia de la educación porque es fundamental tener presente que el hecho básico de lo educativo, su esencia, se encuentra en la relación maestro-discípulo y si esto no se aborda con cuidado se podrá tener siempre, mucha información pero jamás, una adecuada formación. La sustracción que se hace reiteradamente, de la relación maestro-discípulo siendo esta la experiencia crucial de la educación, ha sido expuesta por diferentes pensadores y maestros, entre otros Georges Gusdorf, quien afirmó: “La espantosa mediocridad de la pedagogía y la completa ausencia de interés de la literatura especializada, se explican por el desconocimiento de la relación maestro-discípulo lo cual es la esencia o centro de toda enseñanza (1973, p. 291).
- En consonancia con lo anterior hay que subrayar que la educación ha de propender por el despliegue de la subjetividad en una valiosa dinámica que conjugue lo individual y lo colectivo sin detrimento de lo uno ni de lo otro, es decir, una singularidad, una autonomía que reconozca y favorezca también la interdependencia con los otros.

- Esta conquista depende del grado de influencia que padres y maestros ejercemos en la vida de los hijos y de los alumnos a través, no tanto de las palabras y las enseñanzas bien intencionadas, como sí desde nuestro ser, desde nuestras maneras de relacionarnos con los otros y con el mundo lo cual se constituye en la fundamentación del proceder ético que ha de ser condición para influir significativamente en los otros.
- La fragilidad o la ausencia de pensamiento sobre el papel de la educación en el devenir de la sociedad ha desembocado en el surgimiento repentino de tantas propuestas sin fundamento que, a la manera del consumismo capitalista, se convierten en moda, en experiencias transitorias cuyas resonancias se desconocen. Parece que con cada nueva ocurrencia para la educación hemos de gritar ¡Bienvenido el progreso! como si no fuesen suficientes las numerosas pruebas de inutilidad para seguir alabando supuestas innovaciones y proyectos los cuales son, cada vez, una evidencia de la incapacidad para avizorar alternativas y lograr que la educación, efectivamente, se constituya en una “promesa” para la sociedad.
- Curiosamente cada propuesta ligera y deshilvanada de contexto, al estilo de una ideología, abrumba o denigra de la anterior como si hubiese sido un error. Por esto puede no sonar raro que, en los últimos tiempos, se empiecen a escuchar voces agoreras, señalando que las aulas son innecesarias, que hay que sacar la educación de las aulas, negándoles la intención y todo lo que significan los escenarios diferenciados del mundo prosaico, espontáneo y tantas veces pobre en relaciones.
- Se requiere no una nueva propuesta pero sí un nuevo propósito a partir del cual los pensadores sean maestros y los maestros pensadores, de forma tal que la educación no tenga dos agentes protagonistas tan diferentes: unos que piensan o reflexionan y otros que ejecutan u operan.

3. Un nuevo propósito es posible

Después de este llamado sobre las distancias entre lo que ha sido tanto decir y tan poco hacer es, moralmente obligado y éticamente exigido, plantear algunas reflexiones que aporten a la integración y a subrayar el contacto entre la teoría y la vida, a construir una relación estrecha entre los que reflexionan sobre educación y los que hacen educación, una relación con significado existencial que se convierta en unidad para que los que piensan hagan y los que hacen piensen, es decir, para que se reivindique al maestro como un intelectual que construye y formaliza sobre su práctica y que aventura en su hacer, formulando ideas, desde lo que vislumbra.

Para esto es fundamental que asumamos la educación como un proyecto que, sean cuales sean sus modalidades, representa y exige siempre un trabajo sobre

sí mismo sobre todo porque lo que se queda, lo que permanece de un maestro, no se relaciona con su teorías, en tanto discursividad, sino con el discurso en tanto sentido de vida que, en términos mayores, significa que él es el discurso. Desde allí realiza la gran enseñanza, desde una posibilidad que se revela como forma de existir. Esto demuestra que, si del maestro permanecen sus palabras es porque ha sido la palabra de un ser humano en movimiento, un ser humano cuya vida no estaba distante de lo que sentía y hacía.

La enseñanza que pervive es aquella que fue escuchada cuando se requería sentir y creer que la vida tenía valor y sentido y que, sobre ello daba testimonio el maestro a través de su lucha por la existencia. Esta es una breve y puntual alusión a la verdad, a la única verdad de la cual es posible hablar, aquella que ha pasado por las propias entrañas y la única de la cual se es testigo. Sobrada razón tenía el maestro Sócrates cuando se reconocía solo como un intermediario en el soliloquio que cada quien habría de tener consigo mismo y sugería que mientras se dialogara con él habría que atender e interesarse más por la verdad que por su persona.

Incorporando la reflexión como instrumento fundamental de su quehacer, el maestro ha de estar prevenido, muy advertido sobre la tendencia al plegamiento a la moda a lo “in” porque puede terminar simplemente reproduciendo intereses livianos que estimulan ritmos de vida empobrecedores para la cultura y la convivencia.

En educación hay que pensar más allá de la epidermis de lo social porque los maestros no somos maestros si no logramos desvelar necesidades interiores insospechadas, si no logramos detonar energías desconocidas o latentes, si no suscitamos alguna expectativa desde una presencia que funde una puesta en cuestión de la existencia. El profesor Georges Gusdorf reafirma: “El maestro es aquel que llega, por encima de las operaciones discursivas de la inteligencia y de la memoria, a una experiencia inmediata y directa de sí. Su obra, su acto, su palabra nacen de él, sin premeditación, en la gracia de una espontaneidad perfectamente justificada” (1973, p. 73).

Prácticamente el profesor Gusdorf nos dice que alguien ha sido un maestro cuando su voz de maestro es la que aún se escucha en la distancia y permanece como mensajera de una lección de verdad. Esa enseñanza transmitida en contenidos termina siendo reconocida como una posibilidad o, mejor, como una promesa para la vida. El escritor Herman Hesse actualiza, en la expresión del personaje principal, en su obra *“El juego de abalorios”* la imagen de su venerable maestro quien pervive gratamente en la vida de su discípulo:

Ya que existen pocos hombres por los que uno sienta una veneración y afecto tan grandes como por mi viejo maestro y protector. Fue él quien me inició en el secreto de la música y me capacitó para pasar a su servicio. Además, todo cuanto he logrado

en pensamientos, sentido del orden, madurez o disciplina interior, proviene de él y es hechura suya (1978, p. 244).

4. Ideas para refundar el nuevo propósito

- La educación ha de orientar la construcción de actitudes para asumir el mundo y no simplemente para estar en sintonía con él desde las formas que va asumiendo. Se precisa de visualización de un futuro sobre un presente que siendo abordado, no solo se explique por adaptación sino por su posible transformación.
- Tal vez lo que ahora necesita la educación no sea tanto quién nos enseñe a los maestros sobre lo que hay que decir y cómo hacerlo sino más bien, maestros puestos en escena que, con una mirada sobre sí mismos procedan éticamente para formar en la democracia como alternativa fundamental de convivencia y de reconocimiento de la singularidad.
- Definitivamente lo que más enseña es la obra, no como expresión pragmática sino como realización de una teoría. El discurso de la congruencia, como expresión de responsabilidad y de proceder ético, tiene que estar más presente para que sea desde allí desde donde se enseñan la ética social y la responsabilidad ciudadana.
- La existencia de la esfera pública y la importancia de una formación ciudadana no se reconocen solo en la vida pública. Es fundamental que en las instituciones educativas se promueva el debate y se dinamicen las ideas que ayuden a simbolizar el bien común. Para que esto ocurra es necesario que los niños y los jóvenes aprendan a poner en palabras sus caprichos para que, en discusión abierta tomen conciencia de las tendencias al placer inmediato buscando transformar su energía en voluntad de vida.
- La escuela ha de proponer a los niños y a los jóvenes los marcos en los que aprendan el valor del pensamiento y el dominio de sí mismos, para avanzar hacia la determinación de sus acciones en consonancia con el principio y el juicio de realidad, una realidad que exige autorregulación y reconocimiento del otro.
- Educar para la vida pública debe provenir de la iniciativa del maestro, poniendo en funcionamiento dispositivos que, desde la escuela, eviten que el poder esté centrado o manipulado por un clan que destruye o domina a otro y que se convierte en terreno abonado para el surgimiento de verdugos y dueños de la vida que solo generan ambientes de terror y abandono de las aulas.
- En términos concretos: las instituciones educativas son o han de ser escenarios fuertes donde se forme en la unidad personal, esa unidad que asegura

o brinda confianza para la vida solidaria, para estar en comunidad y para concurrir a la plaza, para deambular en los parques, para conversar en las esquinas y para tertuliar en el café.

- La tarea presente, la tarea actual de la educación es comprometerse con la esperanza de poner orden, un orden a escala humana, un orden que propenda por rencontrar una figura con sentido humano, un orden que intervenga el núcleo de la banalidad, que reconquiste la tranquilidad del amenazante silencio de las calles y la tensa calma de las plazas, un orden donde la batalla del dominio de uno sobre otro se transforme en atmósfera de convivencia.
- Esta tarea si bien no es solo del maestro está, en gran parte, a él encomendada como líder de la cultura a través de dispositivos que eviten el regreso de la barbarie, la cual se expresa en el predominio de clanes y en el imperio de la fuerza.
- Hace más de 200 años el inmortal Johann Wolfgang Goethe nos señaló en su grandiosa obra “Wilhelm Meister” que el deber de los maestros es apuntar siempre hacia una nueva y más alta humanidad, enseñando lo que es fundamental aprender en tanto prepara, efectivamente, para la vida:

[...] Si sus maestros le han enseñado aquello que es indispensable aprender, a fin de que con el tiempo aprenda el resto, si ha retenido lo que jamás ha de olvidar, si sus primeros actos han sido dirigidos en forma que más adelante le permitan realizar el bien con mayor facilidad, sin verse nunca obligado a exterminar añejos hábitos, es indudable que la vida de ese hombre será más pura, más completa, que la de aquel otro, que de joven agotó sus energías en la lucha y en el error. Mucho se habla, mucho se escribe sobre la educación y sin embargo, conozco muy contados individuos capaces de comprender y aplicar la noción sencilla, pero grande, que abarca todo el sistema” (1944, p. 81).

Esta cita advierte que mucho se habla pero poco se comprende sobre lo que se afirma respecto a lo que significa educación y a lo que implica el perfil de un maestro.

Bibliografía

- Goethe, J. W. (1944). *Wilhelm Meister*. Buenos Aires: Claridad.
- Gusdorf, G. (1973). Para una pedagogía de la pedagogía. En: *¿Para qué los profesores?*, Madrid: Edicusa.
- Gusdorf, G. (1973). La función docente. En: *¿Para qué los profesores?*, Madrid: Edicusa.
- Hesse, H. (1978). *El juego de abalorios*, Madrid: Alianza.
- Takahashi, A. (1998). *Maestros gestores de nuevos caminos*. Cuadernillo No. 8. Medellín: Fundación Confiar.